

Reflexiones sobre la morfología de la ideología conservadora británica y estadounidense contemporánea: la noción de racionalidad política.

(Elena R. Rodríguez Fontenla¹)

*XII CONGRESO AECPA. Área 1 de Teoría Política. GT 1.4
Conceptos e ideologías: nuevas perspectivas de análisis*

Resumen: El objeto de esta ponencia es el de delinear el tratamiento que una parte del pensamiento conservador contemporáneo realizaría del cúmulo de las interpretadas como nociones progresistas en torno a la racionalidad en los asuntos humanos y políticos, analizando qué conceptos alternativos se proponen y qué diversos significados se les atribuyen en función de la influencia de los diversos contextos espacio-temporales. A su vez, valoraremos el cambio de matices conceptuales que sobre dichas nociones habría sufrido el pensamiento conservador al hilo de la percepción de la postmodernidad.

Palabras clave: pensamiento político conservador, racionalidad y racionalismo político, ideología, cambio político.

¹ Licenciada en Ciencias Políticas (USC, 2006-2011), Máster en Gestión Pública (USC, 2011-2013) Desde el 2013 a la actualidad becaria predoctoral en el Departamento de Ciencia Política y de la Administración de la USC. elenarosalia.rodriguez@usc.es

1- La debatida y controvertida naturaleza del pensamiento político conservador. Hacia un entendimiento freedeniano de la postura epistemológica del conservadurismo.

Hablar del pensamiento conservador en un plano teórico, como de cualquier otro pensamiento político ideológico, implica el despejar, distinguir, agrupar y delimitar conceptos y teorías guiándose por uno o varios enfoques metodológicos, ser siempre conscientes que una ideología es mucho más que un conjunto de asertos de tipo teórico así como dejar siempre entreabierta la puerta a otras interpretaciones como criterio hermenéutico.

En dicha ponencia tenemos dos humildes e interrelacionados propósitos. En primer lugar, analizar cómo la preocupación conservadora en torno a las posibilidades del conocimiento político se dirimiría en el seno de un entendimiento dicotómico de la política que opondría a un estilo de acción política de carácter ideológico y racionalista, uno que no sería ni ideológico ni racionalista. El primero sería tildado de progresista mientras que el segundo como conservador. Para ello nos centraremos en una acotada serie de obras representativas del pensamiento conservador británico y estadounidense desde mediados del siglo XX, de naturaleza más intelectual o cuya pretensión sería más cercana a la de desarrollar teóricamente y concretamente dicho aspecto. Y analizaremos qué posibilidades de cambio conceptual se podrían haber producido o estar aconteciendo en torno a la concepción dicotómica de las posibilidades del conocimiento y la acción política. Al mantener al margen, entre otros factores, el análisis de las manifestaciones de pensamiento más cercanas a la dinámica política, las generalizaciones son evidentemente de corto alcance². Así, no ofreceremos una interpretación cerrada ni generalizadora de nuestro objeto de análisis ni nos distraeremos en la ingente maleza del pensamiento ideológico conservador del período elegido, sino que intentaremos abordar desde la conjetura una reflexión en torno a la configuración ideológica de la relación entre los postulados epistemológicos y políticos de ciertos fragmentos representativos del pensamiento ideológico escogido. En segundo lugar, y como resultado de la opción del enfoque de análisis escogido, realizar una breve demostración de la utilidad de la perspectiva desarrollada por Michael Freeden en torno al estudio de las ideologías y del cambio ideológico de los significados políticos. Una perspectiva que nos habría resultado muy atractiva en tanto aunaría corrientes analíticas e interpretativas largamente debatidas en el seno de las preocupaciones metodológicas de la Historia de las Ideas políticas, presa en definitiva de una gran «inseguridad metodológica» (Vallespín, 1995), resultando en una propuesta caracterizada por una suerte de dialéctica en la que habría vencido un necesario sincretismo superador.

Si por el comentario de algún ingrediente de la ideología conservadora sería obligado dar comienzo cualquier reflexión, ése sería sin lugar a dudas la naturaleza formal y sustantiva de dicho pensamiento, tan objeto de controversia, controversia que no haría más que subrayar la tensa relación entre el pensamiento conservador y su identidad en tanto producto de la reflexión política. Y es que, deteniéndonos tanto en la

² Por obvias limitaciones de espacio sólo entraremos a reflexionar sobre la influencia en el pensamiento conservador de la percepción del tránsito de la Modernidad a la Postmodernidad en el amplio trasfondo de la Guerra a la Postguerra Fría, sin entrar a analizar el impacto de cada fenómeno contextual de cambio. Por tanto tampoco analizamos en detalle la interesante influencia de cada contexto particular, británico y estadounidense, por elegir centrarnos en un mismo horizonte de cambio que influiría a ambos.

autointerpretación conservadora como en la visión académica nos encontraríamos con caracterizaciones de la ideología conservadora muy diferentes en términos de las dimensiones tenidas en cuenta, resultando un amplio horizonte definitorio en el que, tanto en virtud del proselitismo ideológico como del desapasionamiento académico, las posturas habrían oscilado entre la absoluta negación y la abierta afirmación de la naturaleza ideológica del conservadurismo. Todo ello siempre en un entorno de búsqueda constante de la identidad que sólo se puede explicar como veremos por necesidad ideológica de adaptación contextual.

En la línea del tradicional e histórico *dictum* del conservadurismo como el *stupid party*, por parte de J.S Mill, o como la «negación de la ideología» por parte de Stuart Hughes, el conservadurismo sería desde esta perspectiva lo totalmente contrario a un pensamiento de carácter ideológico. Dos grandes posiciones encontraríamos englobadas bajo esta misma postura. Una, que resultaría ser la más cara a los críticos del conservadurismo, lo caracterizaría como una defensa del orden o *statu quo* tradicional. Esta sería la visión de Mannheim (1963), para quien el conservadurismo sería el producto de unas coordenadas histórico-sociales concretas, las surgidas al hilo de la Revolución Francesa, y como todo estilo de pensamiento debería su causa a una determinada clase social. Esa ligazón al interés concreto de una clase social por defender un *statu quo* amenazado es la que también definiría la posición de Honderich (1993), quien extendiendo el conservadurismo más allá de sus orígenes primigenios, mantendría que la única racionalidad del conservadurismo sería la del más puro «egoísmo».

Desde otra posición dentro del mismo postulado, para algunos conservadores cuyas formulaciones al respecto se habrían producido en el contexto de las décadas de los 50 y 60 el pensamiento conservador no sería ideológico habida cuenta de su naturaleza ni intelectual ni, mucho menos, intelectualista de una actitud de defensa del *statu quo*. Pero no por ello era un vestigio anclado en el pasado, o un eco de intereses ya periclitados, sino más bien una suerte de actitud, disposición, estilo psicológico, talante o forma de percibir el mundo, de carácter más o menos universal y que se materializaría en una determinada manera de analizar, discutir y hacer política. En un conocido párrafo de su obra publicada en 1962, de título *El Racionalismo en la política*, Oakeshott³ expresa que el conservadurismo no es una doctrina sino una «disposición» (2000, 1):

Ser conservador, pues, es preferir lo familiar a lo desconocido, lo probado a lo no probado, los hechos al misterio, lo actual a lo posible, lo limitado a lo ilimitado, lo cercano a lo distante, lo que es suficiente a lo que es abundante, lo conveniente a lo perfecto, las risas del presente a la utópica felicidad. Las relaciones y las lealtades familiares son preferidas al atractivo de relaciones más lucrativas; el adquirir y el acumular será menos importante que el atesorar, el cultivar y el disfrutar; el dolor de la

³ Se podría pensar que sería un error introducir a Oakeshott en una reflexión sobre el conservadurismo por dos razones. La primera porque para muchos académicos su pensamiento político es más expresivo de una mirada más enfática de la libertad que del orden conservador (Franco, 1990). La segunda porque Oakeshott sería en realidad un filósofo y no un ideólogo. Pese a que ambas razones son consistentes, una interpretación posible podría contraponer que lo relevante a estos efectos sería la extendida «utilización» ideológica de los postulados oakeshottianos por parte de conservadores más interesados en su dimensión intelectual de defensa del orden y cambio orgánicos que en la de la libertad. A la par, qué duda cabe que más allá de sus indudables intenciones filosóficas, la dimensión ideológica en algunos de sus escritos es patente. O desde otra perspectiva, como nos recuerda Freedon (2009,1) sería tal vez equivocado el concebir que el pensamiento normativo de los filósofos políticos está libre del error, o que se halla decisivamente separado de todas las formas de ideología «sea en sus modos de argumentación o en su intento de comprometerse con el mundo de las entidades políticas reales».

pérdida será más agudo que la excitación de la novedad o de su promesa. Es igualarse con la propia fortuna, el vivir al nivel de los propios medios, el estar contento con el deseo de mayor perfección que habita en uno mismo y en sus circunstancias.

Para Kirk autor de gran referencia en la construcción de los primeros peldaños del movimiento conservador en los EEUU de los 50, el conservadurismo sería «una mentalidad» (1989, 8):

El conservadurismo no es una ideología. No cultiva fanáticos. No trata de excitar el entusiasmo como una religión secular. Si tu quieres personas que sacrifiquen su pasado, presente y futuro a un conjunto abstracto de ideas, debes acudir al Comunismo, al Fascismo y al Benthamismo. Pero si tu quieres personas que busquen razonable y prudentemente reconciliar lo mejor de la sabiduría de nuestros ancestros con el cambio que es esencial para la existencia de una sociedad civil vigorosa, debes entonces tornar a los principios conservadores.

En el otro extremo de las posturas, encontraríamos a quienes admitirían la naturaleza ideológica del pensamiento conservador, junto al resto de ideologías surgidas de la modernidad política. Como revelador de esta postura, y entre los autores conservadores encontraríamos a Nisbet (1986) para quien el conservadurismo sería junto al liberalismo y al socialismo una de las tres ideologías. O'Hara (2011) rechazando la connotación de «dogmática» de la ideología, reconoce la necesidad vital de las ideologías en política, como mediadoras entre la filosofía y acción⁴. Ello le permite conceptualizar el conservadurismo como una ideología, preocupada por la «gestión» del cambio -y no opuesta al mismo- definición que se encargaría de desarrollar con un atípico detenimiento y rigor en el resto de la obra.

Pero tal vez las más sugerentes sean las visiones que mediando entre un extremo y otro afirmarían la naturaleza más o menos ideológica del conservadurismo pero admitiendo su especificidad, ante todo en términos formales, respecto al resto de ideologías. Algunas identificarían como característica *sui generis* del conservadurismo su especial énfasis en la cuestión del cambio político (Kendall y Carey 1964), constitutiva de una verdadera «postura normativa» hacia el cambio, en el que aquellas transformaciones más alejadas de lo que es percibido como el *statu quo* recibirían la peor valoración (Brennan y Hamlin 2004). En una línea parecida se expresaría Quinton (1993) al argumentar que el conservadurismo sería una ideología «procedimental» o «metodológica y no sustantiva», aunque presuponga inevitablemente unos postulados teóricos. Otras caracterizaciones del conservadurismo enfatizarían la importancia de un núcleo de valores y principios ideológicos que se mantendría más o menos constante en el tiempo, en forma de una suerte de *inner vision* (Aughey, 1982) que permitiría la diversidad de contenidos dentro de la expresión formal de un mismo pensamiento conservador, o la existencia de «un nivel de valores primarios casi inmutables junto a otro nivel secundario de valores e ideas cambiantes» (Wilson, 2011).

La clasificación de las posturas que hemos realizado es en realidad bastante confusa, pues la utilización del término «ideología» por cada autor suscita cuestiones de carácter onomasiológico y semasiológico, resultando necesario realizar un análisis más detallado de los, en cada caso, significados aludidos. En realidad, al margen de las diversas elecciones terminológicas a la hora de adjetivar el pensamiento conservador,

⁴ Revelador de la postura de este autor es el reconocimiento en su obra de la influencia de Michael Freeden en su concepción de las ideologías.

lo que merece nuestro detenimiento es el grado de profundidad y formalización intelectual que cada autor habría percibido en dicho pensamiento a la hora de definirlo, abordando la veracidad o falsedad de aquella añeja y antigua caracterización del conservadurismo como «el partido estúpido».

Es así que se puede observar una cierta tendencia a medida que nos acercamos al tiempo a hallar más indistintamente por parte de conservadores o académicos, de retratar el pensamiento conservador como un conjunto más formalizado de principios e ideas que emanaría una consistencia, una densidad una profundidad teórica que permitirían su aprehensión intelectual. Ello sería ya a la postre un objetivo de las primeras formulaciones en el seno del movimiento conservador estadounidense, pero la insistencia- con la excepción de Nisbet- en su carácter no ideológico camuflaría esa intención. En cualquier caso se trataba de difundir los preceptos conservadores en el contexto de una política democrática de masas, de construir un discurso lo más universal posible que pudiese atraer a cualquier ciudadano independientemente de su posición socioeconómica o cultural, pues no en vano la amenaza que más atemorizada al conservador se hallaba dotada de una fuerza indómita, y el deslizamiento hacia la opción ideológica sería la opción más razonable.

En dicha línea de conciencia de la necesidad de articular mejor el pensamiento conservador es la que seguiría un autor como Kekes (1998) al sugerir que «antes de que políticas razonables puedan ser propuestas es necesario formular y defender las creencias básicas desde las cuales podrían derivarse», y por tanto el conservadurismo puede y debe ser afirmado y defendido sistemáticamente. En similar dirección se encamina O'Hara (2011, 25 y 14) al afirmar que el énfasis en la imperfección moral de gran parte de la tradición conservadora habría dejado sin una elaboración filosófica más expresa al conservadurismo, insistiendo en que «una ideología que dese funcionar en democracia, proveer unos fundamentos políticos para legitimar un gobierno, motivar y extender apoyo político, facilitar la crítica legítima de ideologías opuestas y proveer un gobierno moderado y efectivo, necesita irremediamente emplear la razón pública»

La postura de Michael Freeden trata de superar la confusión reinante entre tantas definiciones posibles de conservadurismo, de las que hemos escogido algunas de las más representativas de la ingente cantidad existente. Para este autor, una ideología sería una configuración estructural de conceptos políticos necesaria para el desarrollo de la dinámica política, esos «sistemas de pensamiento político, rígidos o flexibles, deliberados o no intencionados, a través de los cuales individuos y grupos construyen un conocimiento del mundo político» (1998, 3). Ningún concepto es semánticamente neutral y menos lo sería un concepto político. La «despolemización», o la otorgación de significados concretos a los conceptos políticos así como el particular ensamblaje⁵ de

⁵ Qué duda cabe que frente la conocida metáfora del mobiliario del hogar que Freeden utiliza para entender la morfología ideológica, nos quedaríamos con la expresada por Del Águila (2008,170), pues es mucho más bonita y poética:

Los campos ideológicos relacionan conceptos, creencias e ideas, cosas, realidades y acontecimientos como las constelaciones relacionan estrellas...la manera en que lo hacen resulta a la postre muy relevante. Los vínculos entre ideas en la constelación producen sentido, dan explicación, proponen argumentos de comprensión del mundo en el que vivimos, legitiman y deslegitiman, establecen vías de acción. Son también responsables de la producción de significados, de la proliferación de signos, valores y representaciones que la ideología genera. Nos permite acceder a un punto de vista, mirar lo que nos rodea desde una perspectiva específica, nos dan un lugar en el mundo, un horizonte y un sentido. en definitiva, las constelaciones ideológicas son ámbitos flexibles de sentido, pero con limitaciones para cambiar. Sólo en ellas, por ellas, a través de ellas, con ellas, intercaladas en el mundo, obtenemos comprensión, orientación para la acción, justificación.

los mismos en estructuras conceptuales⁶ sería la clave para entender cómo la función de toda ideología es la de intentar fijar y situar políticamente significados, en el marco obviamente de límites lógicos y culturales. El análisis de la morfología de dichos conceptos así como de la estructura global de una ideología sería para Freedén el principal propósito de todo analista.

Tratando de aunar en cierto modo la perspectiva histórico-contextual y filosófico-teórica⁷, Freedén nos ayuda a contemplar el desarrollo de los discursos ideológicos tanto en su heterogénea dimensión diacrónica y sincrónica como en su más o menos estable permanencia y universalidad de significados en el tiempo y espacio. Así, el conservadurismo a ojos de este autor sí sería una ideología, pero que mantendría como cualidad específica frente a otras la centralidad de la preocupación por el cambio político, una preocupación que tendría unas consecuencias de tipo estructural más que sustantivo en la morfología de dicha ideología. Y es que la universalidad de la resistencia a todo cambio que no sea orgánico y natural, así como de la consecuente creencia en el origen extra-humano de las leyes que gobiernan la conducta y el orden humanos, dotaría a la morfología de esta ideología de una tendencia a flexibilizar significados adyacentes en aras de proteger dichas ideas nucleares, así como de una capacidad para, a través de la técnica del *mirror image* de los conceptos progresistas rodearse de una capa de valores y creencias destinadas a proteger aquel núcleo conceptual⁸.

¿Qué relación tiene ello con el propósito de nuestra ponencia? Siguiendo la particular postura de este último enfoque podríamos afirmar, a modo de conjetura, que cabría esperar una constante despolemización conservadora del concepto de razón y racionalismo político al hilo de los cambios del contexto, que sería en consecuencia clave en los significados en torno a la dicotomía entre política racionalista e ideológica y política conservadora.

2-Análisis del cambio conceptual. El horizonte de una noción conservadora de razón y racionalidad política.

Las diversas categorías de pensamiento político suelen contener entre sus fundamentos, una base de postulados de naturaleza epistemológica que tratarían de emparejarse expresamente o no con los asertos en torno a la política. Esa coherencia, que es en muchos casos buscada por los intentos más filosóficos de estudiar la política, no sería en puridad una condición necesaria en la construcción ideológica de un discurso, y sin embargo, es en muchos casos aludida por diversas ideologías como la clave de su

⁶ Como recuerda Kosselleck (2012, 47) en relación a las estructuras conceptuales, «sin contraconceptos, conceptos superiores e inferiores, conceptos anexos y conceptos adyacentes, no es posible analizar ningún concepto»

⁷ Ver Alexander (2013, 2014) para una visión académica muy cercana y compatible con la de Freedén. Como visión también del ámbito académico pero diferente, véase por ejemplo Eccleshall (1993, 2000) quien a diferencia de Freedén, y distinguiendo entre el significado aparente y real afirmaría que es el concepto de desigualdad el que haría de verdadero núcleo de la ideología conservadora, tanto en sus variantes tradicionalista y libertaria. Aunque a través del empleo de *double-coding meanings* dicha significación se trataría de camuflar.

⁸ Freedén desarrollaría su enfoque metodológico en varias obras, y en especial en artículos e editoriales del *Journal of Political ideologies*. En varios artículos de esta revista analizaría por ejemplo el importante rol de las emociones en el nivel de estabilidad de la morfología ideológica así como en la relevancia del concepto o conceptos nucleares (Freedén, 2005)- algo que no entraremos a analizar en esta ponencia-. Así, respecto al conservadurismo afirmaría que su dimensión emocional más dominante redundaría en la timidez e introversión emocional así como en la falta de compasión o incluso autoindulgencia (Freedén, 2013, 6).

morfología. Sin duda, el pensamiento conservador es un caso muy revelador de esta postura. Y es que la gran mayoría de la literatura conservadora parece hallarse presa cognitivamente de esa relación biunívoca entre las respuestas a la pregunta del cómo es posible conocer y las ligadas a la del cómo se debe concebir y proyectar la comunidad política. En concreto, y como secuela del, en ocasiones, mucho más reiterado postulado de la imperfección moral del ser humano, la imperfección cognitiva sería la premisa de una visión limitativa y reducida de la política⁹. Así, Quinton (1978; 1993) aduciría como constitutivos del núcleo conservador el postulado de la imperfección moral e intelectual del ser humano. También en dicha línea, se expresarían aquellos estudios de carácter más académico sobre la ideología conservadora al situar a ésta como la expresión política del escepticismo (Phillips, 1956) o como «la sombra teórica de las inflexiones históricas del iluminismo racionalista» (Oliet 1994, 401). O'Hara (2011, 25), iría más lejos al afirmar directamente que el conservadurismo «sería en la raíz una doctrina epistemológica».¹⁰

No podríamos negar la justeza de dicho aserto, al menos si dejamos por un momento apartado el tema del conservadurismo más libertario. Pero sí deberíamos analizar el grado de perdurabilidad de este presunto espíritu y esencia del pensamiento conservador. Pues teniendo en cuenta lo que las reflexiones metodológicas sobre el análisis de las ideologías nos transmiten ¿deberíamos tal vez relativizar todo tipo de pretensión de permanencia de cualquier postulado ideológico?

El cambio del contexto en el que son formuladas las ideologías, o más bien, la forma en que es percibido dicho contexto condiciona las atribuciones de significados a los conceptos políticos y en última instancia, siguiendo a Freedman, la morfología de la red conceptual que constituye cada ideología. Hablar del pensamiento conservador, de la ideología conservadora, como de cualquier otra ideología implica la contextualización de los textos, discursos y acciones que la dotan de significado, el situar e interpretar un producto ideológico en el seno de un escenario concreto. Implica por tanto detenerse a reflexionar qué tipo de acontecimientos, de tipo intelectual, político, social, económico o cultural espolean la reflexión en direcciones sutil o ampliamente divergentes, influyen en la enfatización de unos y otros matices intelectuales, en la sustitución de unas por otras preocupaciones, o en la valoración del pasado desde una nueva perspectiva.

⁹ A su vez, el pretense carácter antirracional del pensamiento conservador sería uno de los estímulos más importantes a la hora de que Hayek y Buchanan se negasen a atribuir tal identidad conservadora a sus ideas. Ello nos mostraría cómo también se efectúan defensas ideológicas-por muchos apodadas de “liberal-conservadoras”- de una política limitada admitiendo como postulado la potencialidad de las capacidades racionales del individuo. En cualquier caso, en lo que a esta ponencia respecta, no es nuestra intención el asociar indefectiblemente la ideología conservadora *in totum* a posturas antirracionalistas o críticas de la razón. Y es que, por poner un ejemplo, en un entorno político tan presuntamente pragmático como el británico, desde las propuestas conservadoras de gobierno nacional de H. MacMillan tras la IIGM, hasta el énfasis en la racionalidad económica del Thatcherismo, han recibido el calificativo de “conservadores”. El fusionismo una posición muy extendida en el discurso conservador contemporáneo habría combinado también el discurso racional (racionalidad económica e individual) junto con la crítica del racionalismo («constructivista», o político). A la postre, el que defiendan o no el núcleo conservador dependería mucho de la despolemización conceptual que se haga de nociones adyacentes, responsable en última instancia también de difuminar la sutil frontera entre la realidad y la apariencia en el discurso.

¹⁰ Esta tendencia de caracterizar el pensamiento conservador sobre la base de una determinada postura teórico-filosófica fundacional adquiriría en realidad diversas formulaciones. Berry (1983) por ejemplo argumentaría que el conservadurismo se fundamentaría, ante todo, en una determinada teoría sobre la naturaleza humana.

2.1 El Conservador frente el trauma totalitario.

Si hubo algún gran acontecimiento que conmocionó las estructuras intelectuales de las ideologías, ese sería sin duda la II Guerra Mundial, un episodio que simbolizaría la dinámica política violenta de todo el siglo así como el comienzo de una nueva era. Fruto de dicha conmoción, se introducirían cambios semánticos así como importantes neologismos en el vocabulario político (Fuentes y Sebastián, 2008). La tensión entre «la política de la fe y la política del escepticismo», reproduciendo las palabras de Oakeshott (1998), habría ocasionado el auge de toda una corriente de autores que, desde una cosmovisión de claro pesimismo cultural, abordarían el estudio de las causas de tal coyuntura que desafiaba como nunca antes los marcos cognitivos del teórico. Y, para lo que nos interesa, la reemergencia del vocablo «Ilustración» se produce en paralelo al auge del término «Totalitarismo»¹¹, algo que definiría muy bien el ritmo y la dinámica de ciertos discursos teóricos e ideológicos. (Garrard, 2004)

En particular, el espíritu del pensamiento conservador en los inicios de la era de la Guerra Fría vendría condicionado por este gran acontecimiento, cuya reverberación irrumpirían con fuerza en la esencia de los paradigmas interpretativos de dicha ideología. Si algo caracteriza por ejemplo al naciente movimiento conservador americano es la necesidad de elaborar unos principios conservadores, *ergo* preocuparse por ensamblar la morfología de una ideología conservadora, que sirviesen de contrapeso tanto a la «amenaza exterior» como a la «interior», tanto al comunismo como al liberalismo progresista y sus concepciones en derredor del «Estado de Bienestar», desarrollado desde el *New Deal*. La caracterización por parte del movimiento conservador del enemigo interior como la continuación del exterior no debería sorprendernos habida cuenta de la necesidad de articular un enemigo ideológico sobre el cual construir la propia identidad¹². Pero sí deberíamos detenernos en subrayar la oportunidad que el contexto habría propiciado en términos de la construcción de una tradición de pensamiento ajena. Y es que la elaboración de una tradición de pensamiento¹³ podría desempeñar una función táctica en tanto en cuanto otorgando una suerte de identidad común a los enemigos ideológicos, se pudiese a su vez otorgar cierta estabilidad en el tiempo a discursos y significados, enlazando sincrónica y diacrónicamente las narrativas de los enemigos ideológicos a corrientes intelectuales determinadas.

Así, contemplamos como en los textos conservadores más paradigmáticos del período, se busca definir la identidad conservadora en oposición a la tradición de

¹¹ No en vano, finales de la década de los 40 hasta mediados de los 50 se habrían publicado una serie de obras clave en la historia intelectual del siglo que abordarían el fenómeno y el concepto de totalitarismo, como *Camino de servidumbre* de Hayek (1944), *La Sociedad abierta y sus enemigos* de Popper (1945), *Dialéctica de la Ilustración* de Horkheimer y Adorno (1947), *1984* de Orwell (1949), *Los orígenes del Totalitarismo* de Arendt (1951), o *Los Orígenes de la democracia totalitaria* de Talmon (1952), entre otras; algunas de las cuales irían además más allá al tratarlo con el racionalismo ilustrado.

¹² En el caso de los conservadores británicos, que tras la IIGM estarían edificando tímidamente una red de bienestar social, sería la voz de Oakeshott la que se opondría, desde su perspectiva también conservadora, a la expansión de la «política de la fe».

¹³ Shorten (2003) por ejemplo, señala cómo la narrativa que culparía a la razón ilustrada de toda la historia de terror del siglo XX es fruto de una vinculación temática y cronológica que delinearía una «genealogía errada» por hallarse ésta, en realidad, mediada por factores históricos contingentes que no tendrían relación ni con la ilustración ni con el totalitarismo. El mismo Freedman (1998, 178) dejaría entrever este fenómeno al afirmar cómo «las ideologías unen creativamente lo sincrónico y lo diacrónico en un constructo creativo».

pensamiento racionalista y progresista, la cual implicaría a ojos de dichos autores un estilo de pensamiento, acción y discurso político que contravendría el alegado núcleo ideológico conservador. Es en función de ello el que se procediese a articular un marco interpretativo y conceptual que condicionaría buena parte del pensamiento político conservador posterior en torno a la noción de razón y racionalidad política. Tradición racionalista cuyo despertar cada autor sitúa en diferentes épocas históricas y corrientes intelectuales¹⁴, aunque predominando la tendencia a realzar la paternidad ilustrada de la misma. Así, numerosos autores reiterarían una y otra vez esa conexión intelectual y espiritual entre la Revolución Francesa, hija del envite intelectual ilustrado, y los totalitarismos del siglo XX, en concreto la dictadura comunista Soviética.

«El bicentenario de la Revolución Francesa ocurre en este año 1989 y todavía el mundo está atormentado por la horrible convulsión y actos de terror que toman su inspiración de lo que fue dicho y hecho en París hace dos siglos» (Kirk, 2002,1).

Dicha despolemización de los conceptos englobados bajo la cobertura de una misma tradición de pensamiento racionalista –resumiendo mucho a efectos de esta ponencia– girarían en torno a la caracterización del pensamiento y la acción de carácter «ideológico»¹⁵ en virtud de la cual se crearía la correspondiente, en palabras de Freedman, *mirror image* conservadora de un pensamiento y acción política de naturaleza no ideológica¹⁶. Entraríamos así en el terreno de la creación de estructuras conceptuales dicotómicas¹⁷ en las que se trazaría una frontera semántica insalvable entre el pensamiento y acción de naturaleza política-ideológica frente al de naturaleza no ideológica.

¿Cuáles serían pues los atributos semánticos que habrían adornado esta red de significados en torno a dicha dicotomía conceptual? En primer lugar, atributos que harían referencia a la dimensión teórica en torno al cambio político, y que revelarían no sólo una forma de entender el origen y la estructura de las instituciones, sino también,

¹⁴ Detenernos en la despolemización de la tradición de pensamiento «racionalista» y en las concretas concepciones «racionalistas» y «progresistas» que son objeto de ataque parte de los autores excedería el propósito de esta ponencia. Pero en términos generales, podríamos decir que abunda la diversidad así como un cierto consenso en responsabilizar al período ilustrado del predominio actual del racionalismo político. Voegelin (2006) por ejemplo achacaría el error de la filosofía moderna ya a las raíces del gnosticismo en el medievo y la antigüedad, Oakeshott (2000) más prudente, a Bacon y Descartes. Ya estrictamente centrándonos en el pensamiento conservador más político, muchos trazarían desde el ideal del rey-filósofo de Platón hasta el racionalismo cartesiano moderno, el contractualismo político, o el derecho natural moderno, una línea y corriente de pensamiento que continuarían los *philosophes* ilustrados, sobre todo franceses, y posteriormente las diversas filosofías «racionalistas» y «colectivistas», incluyendo en la etiqueta desde el liberalismo continental, el utilitarismo, el marxismo y socialismo, hasta el pragmatismo americano y el liberalismo del *New Deal*.

¹⁵ No nos detendremos en ello, pero la inclusión en la acción racionalista-ideológica de lo que los conservadores entienden por actitudes de ingeniería social sería una constante. Pues la transformación del conocimiento político logrado a través de métodos científicos de carácter empírico terminaría a juicio de muchos conservadores sustanciándose en máximas aprioristas y racionalistas y en consecuencia adquiriendo el estilo político ideológico. Así, por citar un solo ejemplo, Ryn (2000b) afirmaría que el reduccionismo de doctrinas como el empirismo, positivismo o materialismo revelarían una fuerte, aunque en algún modo oculta, «pasión ideológica».

¹⁶ Y es que «ideología» vendría a situarse en muchos escritos conservadores muy cerca de constituir una suerte de término onomasiológico de razón y racionalismo político.

¹⁷ Curiosamente, algunos conservadores preocupados con la modernidad no opondrían razón a sentimiento, sino a no-racional o a lo inasible por la razón. Algo que sin embargo sí habremos de observar en las posteriores críticas conservadoras de la postmodernidad. Con todo, ambas posiciones se deberían igualmente a «una relectura radicalizada del pensamiento ilustrado» (Máiz, 2010, 12).

como antes referimos, un determinado estilo de acción política. Las ideologías serían «transformadoras», «radicales», (Scruton, 1980) «hostiles al orden» (Kirk, 1993), serían «perfeccionistas» y en tanto la perfección es su máspreciado anhelo, la destrucción del orden orgánico y natural sería su inevitable resulta. La utopía sería a ojos de los conservadores la quintaesencia del proyecto ideológico de acción, de la, parafraseando a Voegelin (2006), *inmanentización del eschaton* ya que las utopías ilustradas o el «utopismo»¹⁸ que Kristol¹⁹ (1995, 6) acertadamente diferencia del pensamiento utópico anterior, consistirían en ideales a ser realizados no sólo en un texto sino en el tiempo histórico y no por tanto meramente en «la eternidad del pensamiento especulativo». Y es además, una ideología, a decir de este iniciador de la corriente neoconservadora americana originaría «un mundo que es diferente al inicialmente anticipado», acentuando la cualidad de «imprevisión» ligada a todo cambio político intencionado y radical.

Ese elemento de cambio radical se ligaría así a una concepción epistemológica, una visión de cómo es posible el conocimiento político, que se basaría, a decir de Scruton (2010), en una «visión abstracta y geométrica de los procesos mentales», que basada en un razonamiento a priori o posteriori (Kirk, 1989) conferiría al pensamiento ideológico esas notas semánticas de «abstractas», y por añadidura «simplistas», «rígidas» por filosóficamente cerradas o, alcanzando la más dura invectiva, «imbéciles» (Scruton, 2009). Las ideologías serían «racionalizadoras», «racionalistas» y su estructura intelectual las evidenciaría como «dogmáticas», «fanáticas» (Kirk, 1989) o «doctrinarias» (Panichas, 2006). La interpretación de las repetidas palabras de Edmund Burke en torno a las ideologías como «doctrinas armadas» une diacrónicamente dos discursos distantes en el bucle del tiempo, pero que permitirían unificar la dinámica y el espíritu de actores y escenarios históricos tan a la postre diferentes. ¿Y cuál sería la *mirror image* conservadora de este estilo ideológico? La postura más mayoritaria, al menos en las postrimerías de la IIGM y en toda la era de la Guerra Fría, aunque en cierto modo bastante perdurable, sería la que opondría a la política progresista –ideológica y racionalista- la política conservadora, esto es, la política que contrapondría a un entendimiento ideológico del cambio la «medida», el «compromiso», y el respeto del orden. Una política que se inferiría de un entendimiento de los procesos cognitivos del ser humano desde la «complejidad» y la «imperfección», y que se nutriría de la variabilidad e inconmensurabilidad de lo «concreto» y no caería en la fácil pero páfida tentación de lo abstracto o de la creencia en la posibilidad de comprender intelectualmente la dimensión experiencial. Así, en la dimensión de la acción política se predicaría aquella política de la prudencia (Kirk, 1993), esa política del escepticismo (Oakeshott, 1998) que tiene en cuenta que las instituciones y el orden político se habrían originado a través de continuos procesos de lucha y compromiso a lo largo de la trayectoria histórica, con los propósitos en ocasiones encauzados gracias a la Providencia. A través en definitiva de la acción pero no del diseño humano se habría ido desarrollando un orden cuyos frutos se irían acumulando de modo evolutivo. Una acción política pues que tendría en cuenta los

¹⁸ Al margen de la literatura conservadora, para Del Águila (1984, 68), quien habría reflexionado sobre la relación entre razón y utopía, «el pensamiento utópico tiene algo de racional en tanto que se opone a la congelación de un sistema opresivo y, también algo de irracional en tanto hace frente a la razón acomodaticia con el desamparo de lo que todavía no es».

¹⁹ Hemos incluido a Kristol entre los conservadores, por ser un neoconservador de la primera y no de la segunda generación, a la cual no habremos de hacer referencia en este texto por mor de su ausente crítica del racionalismo político en el ámbito de las relaciones exteriores, y ya, a mayores, por una ausente cercanía con los fundamentos nucleares del conservadurismo según la definición de Freedman que hemos escogido para esta ponencia.

orígenes extra humanos del cambio y que por tanto se negaría a justificar la necesidad de quebrar «artificialmente» la continuidad y evolución natural de la tradición política. Artificial/natural, evolutivo/intencionado, racional/tradicional serían unas de las grandes dicotomías que enfrentarían la actitud ideológica y no ideológica hacia el cambio político. Un estilo político, en definitiva que se nutriría del sustrato no-racional forjado en el seno de la «tradición».

Las oposiciones a las diversas materializaciones del estilo racionalista, se articularían en torno a la importancia del prejuicio, del conocimiento social tácito, práctico, «inaprehensible en un plan» (Scruton, 2009), el sentido común, el conocimiento que proveen la historia, la sabiduría colectiva del pasado (Kirk) o la experiencia, las convenciones y las costumbres sociales. No menos importante sería también la alusión al conocimiento derivado de la intuición, de la imaginación moral, de aquellas cualidades humanas sutiles e inefables que se derivan de una comprensión de la importancia del misterio, de lo recóndito, de lo inaprehensible por el limitado entendimiento o por el lenguaje humano, comprensión que se hallaría debida en gran parte a la cosmovisión religiosa y espiritual de estos conservadores. El modo de razonar en política tendría en cuenta pues la incertidumbre, el azar, la contingencia, las circunstancias espacio-temporales, el escenario político concreto. Y es que así lo requeriría el objeto de la política, en que frente a lo postulado por el entendimiento racionalista no sería abstracto sino concreto, ni simple sino complejo, ni utópico sino factible²⁰.

Ante todo, esta postura revela que la gran disyuntiva entre pensamiento y acción de tipo ideológico y de tipo no ideológico se sustanciaría en una contraposición entre una serie de notas semánticas ligadas al campo semántico de «razón» y otras asociadas al de conocimiento no-racional (del que sobresaldría el concepto de tradición), pero excluyendo mutuamente del campo semántico de razón y tradición los respectivos significados de cada una, creando así una verdadera oposición insoluble. Una razón que no admitiría cabida a la tradición y una tradición que sería lo totalmente opuesto a la razón, tal parecía ser el campo semántico en torno al conocimiento, y en última instancia del conocimiento político. Y tales asemejaban ser las demandas que en el campo de los significados políticos exigía, para muchos de estos conservadores, el contraponer la política del escepticismo a la política de la fe.

En otra dirección apuntarían a primera vista las definiciones de ideología de Nisbet y Oakeshott, quienes en el mismo escenario de guerra fría, de necesidad de edificación de un discurso conservador, sin embargo la dotarían de atributos semánticos harto diferentes. Así para Nisbet (1995, 39 y ss.) una ideología sería:

...cualquier conjunto razonablemente coherente de ideas morales, económicas, sociales y culturales que tienen una sólida y bien conocida referencia con la política y el poder

²⁰ Así lo demostraría la despolemización conservadora al menos en su vertiente tradicionalista, de los conceptos políticos adyacentes al núcleo e influidos por esta noción de racionalidad. La Libertad, la Igualdad, la Justicia, los Derechos, la Constitución, el Derecho Natural, no serían nociones abstractas o universales, sino concretas e históricas, como se predicaba que así lo había sido en la tradición política británica, modelo a copiar por los conservadores americanos. Y es que uno de los mayores esfuerzos de éstos habría ido encaminado a ofrecer una interpretación de la tradición política americana de acuerdo al espíritu, condensado en el tiempo, de aquélla, negando el carácter revolucionario del acto fundacional de la sociedad política americana. (Véase entre muchísimas otras obras, por ejemplo, Kirk, 1989). Una forma de contemplar cómo el conservadurismo muchas veces recupera usos lingüísticos pasados para describir y sobre todo prescribir cuestiones políticas contemporáneas. Otro tanto sucedería con el concepto de Democracia, en donde a democracia participativa, radical, o democracia como ideal político sustantivo se le contrapondría la democracia constitucional, la democracia como procedimiento o mecanismo. (Véase con claridad en: Ryn, 2004)

político, más concretamente una base de poder que haría posible una victoria para dicho conjunto de ideas», y al igual que las teologías tendrían sus dogmas, «sus creencias y valores más o menos coherentes y duraderos.

Esto es, un conjunto de se conectaría inextricablemente con la dinámica política. Un atributo el de la ineludible conexión con la actividad política, que se encarga de subrayar Oakeshott (2000, 62), para quien una ideología «no debe entenderse como un inicio independientemente premeditado de la actividad política», sino como el conocimiento (abstracto y generalizado) de una manera concreta de atender los arreglos de una sociedad» O, con otras palabras, «el compendio formalizado del supuesto substrato de la verdad racional contenida en la tradición» (2008,5). Esto es la «ideología no existe antes de la actividad política, y por sí misma es una guía insuficiente». ¿Pero son para Nisbet y Oakeshott todas las ideologías iguales? ¿Cómo diferenciar entonces el estilo conservador del colectivista?

Para el filósofo británico existirían ideologías que adoptarían el «modo de experiencia» de otra actividad, como «la guerra, la religión o la conducción de la industria» (2000, 64). Esto es, todas las ideologías serían el resumen abreviado y abstracto extraído de algún tipo de actividad, pero muchas ideologías, como las ligadas a la «moral colectivista» habrían para este autor extraído su esencia de actividades ligadas al modelo «dirigista» propio de una «política empresarial». Y, mucho más importante, como habíamos ya señalado el conservadurismo no sería a su parecer una ideología sino una disposición, una forma de aludir a una mezcla de dimensiones psicológicas, cognitivas y emotivas, excluyendo el protagonismo de la parte racional.

Para Nisbet, quien retoma las enseñanzas, entre otros pensadores conservadores del propio Oakeshott, las diferencias se situarían en un terreno teórico, a la sazón, en las diversas ideas de la relación entre individuo, grupos o asociaciones intermedias y Estado. En una dimensión teórica o intelectual de naturaleza política amplia más que en un estilo o relación epistemológica con el racionalismo se habrían de dirimir las disputas entre las ideologías liberal, socialista y conservadora en las postrimerías de la II Guerra Mundial. Sin embargo alguna de las notas semánticas que distinguirían para este autor una ideología se enfrentan a una caracterización en base a los significados anteriormente señalados ligados a la noción de «racionalista». Así, centrándose en el enemigo ideológico del igualitarismo, Nisbet afirma que el ideal de igualdad es revolucionario porque es una idea providencial, una idea que se asemejaría a los ideales y pasiones religiosas, que estaría mas allá de la lógica y los hechos, y que estaría dotada de una manifiesta irracionalidad y de una pasión por nivelar. Una ideología, la igualitarista, que se caracterizaría pues por cualidades semánticas como «irracional», «pasional» o «ilógica». Algo en principio totalmente opuesto a las significaciones racionalistas.

Y así es que parece observarse un interesante indicio de la posibilidad de una posterior modulación en la despolemización conservadora de la red semántica en torno a la razón y racionalidad política que nos lleva a interrogarnos por la influencia de determinados cambios contextuales.

2.2 El conservador frente a la Postmodernidad:

Sin duda el caso de Kristol refleja ya una sutil preocupación por ofrecer una acepción conservadora de la racionalidad y la razón en política. Con el objeto de señalar las deficiencias del modelo progresista del americano Estado de Bienestar, así como los fracasos de los programas sociales de la era Johnson, Kristol señalaría que no serían

tanto las consecuencias no intencionadas del racionalismo constructivista como los instintos de compasión social ligados a dichas políticas los causantes del fracaso que les es atribuido²¹. Esa culpabilidad a los sentimientos se liga a su rechazo de lo que él concibe como actitudes «románticas». Por una parte, el «racionalismo romántico» que ligaría al socialismo en tanto su raíz sería una «pasión romántica» que sin embargo operaría en «un marco racionalista», y por otra parte el más postrero «antirracionalismo romántico» que caracterizaría a la «*adversary culture*», término que acuñaría Lionel Trilling en 1965 y que haría referencia en definitiva a las diversas manifestaciones culturales del postmodernismo. Una cultura que rechazaría los estándares estéticos tradicionales y que erigiría al artista en un héroe creador, un artista sin ningún marco de referencia ni trascendental ni de ningún otro tipo. Esa preocupación por la importancia de los fines, que intersecta con la larga tradición de críticas a la racionalidad instrumental, estuvo muy presente en la mentalidad conservadora de esta época, en donde la necesidad de estándares culturales y estéticos se predica frente al extendido rechazo de las grandes narrativas que estaría llegando, a ojos del conservador, muy lejos. Para el conservador, en una época de declive cultural como la de esta última inflexión de la modernidad, el arte ignoraría lo sagrado, el énfasis en los medios relegaría la contemplación de los fines, y el valor intrínseco, el «reino de los valores» (Scruton, 1997) que esconden los objetos estéticos dejarían de iluminar la conducta y la sensibilidad moral del ser humano. Son las secuelas de la década de los 60, la época de la contracultura, cuyos efectos preocuparían al conservador desde entonces. Pero, habida cuenta de la interconexión que los conservadores realizan entre cultura y política, la crítica que ellos expresan desde una perspectiva moral y cultural se debería en última instancia a una preocupación por toda esfera de orden, entre ellas el orden político, el cual se encontraría desde su perspectiva gravemente amenazado.

El abandono de la objetividad y la verdad caracterizarían para estos conservadores a la mentalidad postmoderna. Y es que, a decir de Himmelfarb (1992, 4) ni siquiera la historiografía se habría resistido al atractivo de este nuevo espíritu que sustituiría al talante de la modernidad.

Donde los modernos, conscientes de los obstáculos en el camino hacia la objetividad, tomaban ello como un reto y hacían un intenso esfuerzo en alcanzar tanta objetividad y verdad como fuese posible, los postmodernos harían del rechazo de la verdad absoluta la liberación de toda verdad, la redención de la obligación de mantener un grado de objetividad o aspirar a algún tipo de verdad

Así, buena parte de las críticas conservadoras se inclinarían a rechazar el subjetivismo que impregnaría la nueva cultura postmoderna, amenazando a juicio de Scruton (2009) las reglas de la verdad, objetividad y significado y que en última instancia habría resultado en un auge del relativismo moral, o del «perspectivismo» que dejaría toda creencia, valor sin fundamento alguno y por el cual «todos podemos estar de acuerdo en tanto estaríamos asintiendo en torno a nada». O con palabras de G. Will (1994, 135), otro neoconservador,

²¹ En un ensayo de título «Bienestar: la mejor de las intenciones, el peor de los resultados», Kristol afirma que:

«We do not like to think that our instincts of social compassion might have dismal consequences- not accidentally but inexorably. We simply cannot believe that the universe is so constituted. We much prefer, if a choice has to be made, to have a good opinion of mankind and a poor opinion of our socioeconomic system». (1995, 44)

...las ideas postmodernas subvierten nuestra civilización al negar que la verdad se funda a través de intentos conscientes de representar con exactitud la realidad que existe independientemente de nuestras percepciones y actitudes.

Un pensamiento «irracionalista» (Schwartz, 1990) que desprestigiaría las ideas de universalidad, verdad y excelencia humana. Esta ligazón entre el realismo ontológico y el esencialismo ético serían claves en buena parte de la interpretación conservadora en el que la defensa del orden de la «civilización» frente al enemigo «irracional» postmoderno sería desde entonces un gran reto. Y es que con el «colapso de la vieja cultura Occidental queda un paisaje desnudo, sin valores, objetivos y significado» (Scruton, 2009, 109). Una frase que denotaría el cambio de perspectiva de buena parte del pensamiento conservador a la hora de identificar los enemigos ideológicos. La interpretación de éstos se materializaría en una nueva estructura de dicotomías semánticas, superpuesta- y en muchos casos incompatible- a la anterior, en el que frente al subjetivismo, el relativismo, el desorden y la irracionalidad, atributos semánticos de la «postmodernidad» se opondrían el objetivismo, el esencialismo, el orden y la racionalidad, cualidades de un -permítasenos el neologismo- orden «pre-postmoderno» en el que muchos conservadores ya habrían parecido incluir a buena parte de las cualidades semántica afines a la otrora rechazada modernidad racionalista²².

Y ¿qué correspondencia podrían tener estas nuevas perspectivas en la concepción conservadora de la política? ¿Se modificaría el entendimiento dicotómico entre razón y racionalismo político por una parte y política conservadora no-ideológica por otra? Como secuela, se intensifica una tendencia que llevaría a aplicar buena parte de los postulados de la modernidad al entendimiento de su ideología, entre ellos el de la necesidad de «racionalizar» las creencias, ideas, y principios necesarios para una defensa de los mismos en un entorno democrático. Las críticas se dirigen a los primeros conservadores tradicionalistas que elevaban lo espiritual e intuitivo y despreciaban lo racional. McDonald (2004) criticaría así a Kirk de no dar cabida a un tipo de racionalidad compatible con la mentalidad conservadora. Por otra parte, O'Hara (2011,26), haciéndose eco de la perspectiva iniciada medio siglo antes por Hayek²³ y desarrollada en lo que atañe a su dimensión política por Oakeshott, procedería a distinguir entre razonamiento práctico y razonamiento teórico, el primero ceñido a los confines de un contexto concreto y el segundo independiente de toda consideración histórica, pragmática y contingente. El conservador, parafraseando a Burke, «habría de reaccionar ante la tendencia de los intelectuales de asumir que el conocimiento del individuo sería superior a la sabiduría agregada de las generaciones». Pero ello no implicaría un escepticismo radical, ni, por asociación, un relativismo postmoderno, sino únicamente el renunciar a una comprensión errada de la racionalidad. A la postre, para este autor, el conservador habría de defender sus posturas desde la «razón pública», y el

²² Y es que este nuevo esquema de contraposiciones semánticas al hilo de la postmodernidad habría reafirmado a algunos directamente en la necesidad de invocar los previos fundamentos racionales del orden, despolemizando en concordancia las tradiciones políticas y de pensamiento sobre las que basar la identidad. «Our nation is, I passionately believe, the finest organized expression of the Western rationalist tradition» (Will, 1994, 139)

²³ Nos referimos a su teorización de la racionalidad constructivista. Idea desarrollada por ejemplo con otros matices por Popper al distinguir entre verdadero y falso racionalismo y Polanyi entre conocimiento tácito y expreso, o, naturalmente la crítica del racionalismo abstracto en Oakeshott, entre otros muchos autores. En realidad esta sería una visión muy cara a los liberales conservadores, lo que nos debe hacer reflexionar sobre el constante bucle de apropiación, despolemización, y crítica conservadora de los conceptos liberales al hilo de cada horizonte contextual, impregnado inevitablemente el campo semántico del conservadurismo.

buen razonar sería pues condición necesaria para este conservador en la consecución de una democracia legítima. Dicho con palabras de Ryn (1992, 1996, 2000, 2005), sobre la base de su postura epistemológica de aunar filosofía y convención²⁴, el conservadurismo necesitaría intelectualizarse, alcanzar mayor profundidad filosófica, y no olvidarse de apelar también a la razón. Vemos, pues, cómo también se produce una despolemización del campo semántico de razón que permite una acepción positiva y negativa, y que a través de su posición en la red conceptual posibilitaría también un entendimiento de conceptos como ideología o razón pública protectores de las ideas conservadoras en torno al orden y al cambio.

Sin embargo, como muestra de la difícil decisión de despolemización conceptual ante el cambio contextual e intelectual, muchos conservadores habrían optado por mimetizarse con el discurso postmoderno si bien adjetivándolo de «conservador». Es el caso entre otros de Russello (2007) para quien el conservadurismo tradicionalista poseería una innegable adyacencia conceptual con buena parte de las posturas intelectuales postmodernas si bien con su propio estilo²⁵. Y es que qué duda cabe en buena parte del pensamiento conservador al igual que en el postmoderno, suena el eco de las voces que claman la inconmensurabilidad del conocimiento, la finitud de lo conocido, la pluralidad irreductible de la existencia, así como una acendrada crítica al «logocentrismo» y la razón exacta y técnica.

En el fondo de la disputa²⁶ subyace una tensión entre mantener el anterior y prevalente entendimiento dicotómico entre razón/lo no-racional, o transitar desde la oposición de significados a la creación de una tipología en torno a los conceptos de razón y racionalismo. Esta última opción posibilitaría no sólo el permear la noción de razón con notas propias del ámbito conceptual de lo no racional, sobre todo de lo «tradicional», resultando así en dos tipos de razón y racionalismo, «bueno» y «malo» o «conservador» y «progresista», sino también el conceptualizar la distinción en términos de gradualidad y de proceso.

²⁴ Sobre el «fusionismo» véase por ejemplo el trabajo de Bastos (2006) en torno a Frank Meyer, autor que a la sazón articularía a principios de los 60 dicha postura ideológica y sus respectivas secuelas en el escenario norteamericano. Como señala Nash (1998) la ambigüedad conservadora ante la tensión entre universalidad e historicidad, una de las tantas secuelas «fusionistas», revelaría también la necesidad de articular un pensamiento que a la par de dotarse de mayor universalidad filosófica pudiese legitimarse también en el panteón de la historia.

²⁵ Lawler (2012) sería un ejemplo de cómo muchos conservadores preferirían reconocer su distanciamiento respecto a la postmodernidad dominante al afirmar que ésta sería no tanto una crítica como una continuación filosófica de los postulados modernos e ilustrados.

²⁶ Revelador de esta desavenencia sería el debate entre dos conservadores norteamericanos, Ryn (1993) y Weinstein (1993a y b) en torno a la relación entre imaginación y racionalidad. Para el primero autor, a través de la imaginación, la *moral imagination* burkeana, es posible orillar los valores permanentes y duraderos. Pero sin una razón que dé forma conceptual-teórica a los hechos de la inmediata experiencia, no sería posible la discusión crítica sobre ellos. Sería pues imprescindible recurrir a una razón que permita dar expresión a lo concreto en la experiencia pero que no distorsionase ésta. Una razón filosófica «histórica, sistemática y humilde» que mediaría entre «la razón abstracta» y la «imaginación escapista y engreída». Para Weinstein, esa razón filosófica sería peligrosa al desarrollo de la imaginación, y a la par precisamente el acceso a la experiencia universal por parte de la razón se produciría en un entorno ya acondicionado previamente por la «imaginación concéntrica», una cualidad para este autor claramente «no racional».

3-Conclusión: La despolemización conservadora de la razón y la racionalidad política. Un síntoma de la necesaria y dificultosa adaptación de las ideologías.

Hemos visto pues cómo existirían dos respuestas a la postmodernidad. Una apuntaría hacia la creación de una nueva dicotomía en torno a la razón-irracionalidad en la que los significados conservadores se predicarían de la primera, invirtiendo así la lógica de la crítica conservadora a la razón en el marco de las previas críticas a la modernidad. Y otra deslindaría los vocablos razón y racionalidad política -y por ende también el término ideología- en un significado «conservador» y otro «progresista», en el que el primero frente al segundo sí atendería al peso de las circunstancias, del contexto y de la historia, en definitiva a lo que se concibe como «tradición» en el correcto despliegue de la racionalidad. Si bien los primeros conservadores analizados, preocupados por las secuelas de la modernidad en el totalitarismo político, tenderían sutilmente hacia esta segunda postura, su planteamiento sería predominantemente dicotómico, enfrentando a una noción racionalidad y razón de cariz exacto, técnico y absoluto, una serie de elementos y fuentes de conocimiento político no-racional. Podría ser tal vez pues, por mor de la percepción del peligro postmoderno-un factor que pensamos que aunque no el único sí es especialmente relevante- el que buena parte del pensamiento conservador se alejaría definitivamente de una asociación con un entorno semántico de la razón de carácter excluyente.

A la postre, lo poco que hemos podido reflexionar mostraría que no es fácil para una ideología el efectuar un cambio de significados, pues de ello depende la estabilidad de todo el ensamblaje de conceptos políticos en el que se sustenta. La imbatible ambigüedad se aúna con la necesidad de certezas, y la morfología ideológica oscila constantemente entre una y otra²⁷. El análisis de las dicotomías, esas simplicidades semánticas tan propias del pensamiento binario de las ideologías, así lo demostraría. El enfoque de Freedman es indudablemente de una gran utilidad a la hora de enfrentarse a la maleza del pensamiento ideológico, de comprender e interpretar su desorden pero no por ello querer imponerle un orden, de buscar el sentido de su incoherencia pero no de tratar de descubrir coherencias. Así, hemos comprendido también como corolario lo difícil que es la interpretación de las ideologías, pero esa dificultad, al margen de que pudiese deberse a nuestra particular incapacidad, es ante todo el fruto de la prístina naturaleza política de los propios constructos ideológicos. Y la del pensamiento ideológico conservador no podría ser una excepción.

²⁷ Y es que, la percepción de algo como el tránsito de la modernidad y la postmodernidad es objeto de interpretaciones, y también, en última instancia, algo bastante evanescente y subjetivo. El cambio conceptual registraría esta incapacidad de comprensión plena de la contemporaneidad (Stráth, 2010) o del tránsito hacia una era postmoderna.

BIBLIOGRAFÍA

Alexander, James (2013). "The Contradictions of Conservatism". *Government and Opposition*, 48(04), 594-615.

Alexander, James "The Major Ideologies of Liberalism, Socialism and Conservatism." *Political studies* (2014)

Aughey, Arthur G. J. (1982). *The conservative political tradition in Britain and the United States*. London: Pinter.

Bastos Boubeta, Miguel A. (2006). "En defensa de la libertad: el pensamiento político de Frank S. Meyer". *RIPS: Revista de investigaciones políticas y sociológicas*, 5(2), 9-18.

Berry, Christopher H. (1983). *Conservatism and Human Nature*. En I. F. Smith, *Politics and Human nature*. London: Frances Pinter.

Brennan, Geoffrey y Hamlin A. (2004). "Analytic Conservatism". *British Journal of Political Science*, 34 (4), 675-691.

Clarck, Michael D. (1983). *Coherent Variety. The idea of diversity in British and American Thought*. Westport, Connecticut: Greenwood Press.

Del Águila Tejerina, Rafael (1984). "Crítica y reivindicación de la utopía: La racionalidad del pensamiento utópico". *Revista de Investigaciones Sociológicas*, 37-70.

Del Aguila Tejerina, Rafael (2008). *Crítica de las ideologías. El peligro de los ideales*. Madrid: Taurus.

Eccleshall, Robert (1993). "Conservadurismo". En R. Eccleshall et al.: *Las ideologías políticas*, 83-117. Madrid: Tecnos.

Eccleshall, Robert (2000) "The doing of conservatism", *Journal of Political Ideologies*, 5:3, 275-287

Franco, Paul (1990). "Michael Oakeshott as liberal theorist". *Political Theory*, 411-436.

Fuentes Juan F. y Fernández Sebastián J. (2008). "El lenguaje de la democracia: ¿crisis conceptual o crisis del sistema". *Revista de Occidente*, 322.

Freedon, Michael (1998). *Ideologies and political theory: a conceptual approach*. Oxford: Clarendon Press.

Freeden Michael (2005) "Editorial: Fundamentals and foundations in ideologies, *Journal of Political Ideologies*", 10:1, 1-9

Freeden Michael (2009) "Editorial: What fails in ideologies?", *Journal of Political Ideologies*, 14:1, 1-9

Freeden Michael (2013) "Editorial: Emotions, ideology and politics", *Journal of Political Ideologies*, 18:1, 1-10

Garrard, Graeme (2004). *Counter-Enlightenments: From the eighteenth century to the present*. Routledge

Himmelfarb, Gertrude (1992) "Tradition and Creativity in the writing of history". Disponible en: <http://www.firstthings.com/article/1992/11/003-tradition-and-creativity-in-the-writing-of-history>

Honderich, Ted (1993). *El conservadurismo: un análisis de la tradición anglosajona*. Barcelona: Península.

Kekes, John (1998). *Case for Conservatism*. Ithaca: Cornell University Press

Kirk, Russell (1959). *La tendencia conservadora en los EEUU*. Madrid: Ateneo.

Kirk, Russell (1989). *Prospects for Conservatives*. Washington D.C: Regnery.

Kirk, Russell (1989b). *Roots of American Order*. Washington D.C: Regnery .

Kirk, Russell (1997). *Rights and Duties: Reflections on Our Conservative Constitution*. M. S. Muncy (Ed.). Spence Pub.

Kirk, Russell (1993) *The politics of prudence*. Access Publishers Network.

Kirk, Russell (2012) "Jacobinism: The Armed Doctrine in Fiction". Disponible en: <http://www.theimaginativeconservative.org/2012/07/jacobinism-armed-doctrine-in-fiction.html>

Kristol, Irving (1995). *Neoconservatism: the autobiography of an idea*. Simon and Schuster.

Koselleck, Reinhardt. (2012). *Historias de conceptos: estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*. Trotta.

Lawler, Peter A. (2002). "Conservative postmodernism, postmodern conservatism". *Intercollegiate Review*, 38(1), 16.

McDonald, Wesley W. (2004). *Russell Kirk and the age of the ideology*. Columbia: University of Missouri Press.

Máiz, Ramón (2010). "La hazaña de la razón: la exclusión fundacional de las emociones en la teoría política moderna". *Revista de estudios políticos*, 149, 11-45.

Mannheim, Karl (1963). "El pensamiento conservador". En K. Mannheim, *Ensayos sobre sociología y psicología social*. México: Fondo de Cultura Económica.

Meyer, Frank (1996). *In defense of Freedom and related essays*. Indianapolis: Liberty Fund.

Nash, George H. (1998). *The conservative intellectual movement in America: since 1945*. Wilmington: Intercollegiate Studies Institute.

Nisbet, Robert A. (1995). *Conservadurismo*. Madrid: Alianza.

Nisbet, Robert A. (1988). *The present age: Progress and anarchy in modern America*. Harpercollins.

Oakeshott, Michael. (1975). *On human conduct*. Oxford. Clarendon Press.

Oakeshott, Michael (1998). *La política de la fe y la política del escepticismo*. Fondo de Cultura Económica.

Oakeshott, Michael (2000). *El racionalismo en la política y otros ensayos*. México : Fondo de Cultura Económica.

Oakeshott, Michael (2008). *Moral y política en la Europa Moderna*. Madrid: Síntesis.

Oliet Palá, Alberto (1994). "Neoconservadurismo". *Historia de la teoría política*, 5, 383-472.

Panichas, George A. (2006). "Restoring the Meaning of Conservatism [Part Two] An Editorial". *Modern Age*, 48(1), 3.

Pilbeam, Bruce (2003). *Conservatism in Crisis? Anglo-American Conservative Ideology after the Cold War*. Routledge.

Quinton, Anthony (1978). *The Politics of Imperfection: the religious and secular traditions of conservative thought in England from Hooker to Oakeshott*. Faber & Faber.

Quinton, Anthony (1993). "Conservatism". In *A companion to contemporary political philosophy* (págs. 244-268). Oxford: Blackwell.

Russello, Gerald J. (2007). *The postmodern imagination of Russell Kirk*. University of Missouri Press.

Ryn Claes G. (1992) *American intellectual conservatism: needs, opportunities, prospects*. 307-314 *Modern Age*

- Ryn Claes G. (1993) "Philosophical Reason: Historical, Systematic, and Humble". *Humanitas*, Volume VI, No. 2
- Ryn Claes G. (1996) "Another Conception of Knowing". *Humanitas*, Vol IX N°1
- Ryn, Claes G. (2005). "Leo Strauss and History : The Philosopher as Conspirator." *Humanitas* 18: 31-58
- Ryn, Claes G. (2000). "History as synthesis". *Humanitas*, 13(1), 89-102.
- Ryn, Claes G. (2000b). "Dimensions of Power: The Transformation of Liberalism and the Limits of 'Politics'". *Humanitas*, 13(2), 4.
- Ryn, Claes G. (2004). *America the Virtuous The crisis of Democracy and the Quest of Empire*. New Brunswick, New Jersey: Library of Congress.
- Schwartz, Joel (1990). "Antihumanism in the Humanities". *Public Interest*, (99), 29.
- Scruton, Roger (1980). *The meaning of conservatism*. Houndsmills, Gran Bretaña: MacMillan.
- Scruton, Roger (2009). *The Roger Scruton Reader*. A&C Black.
- Scruton, Roger (2010). *The uses of pessimism: And the danger of false hope*. Oxford University Press, USA.
- Shorten, Richard (2003). "The Enlightenment, Communism and political religion: reflections on a misleading trajectory". *Journal of Political Ideologies*, 8(1), 13-37.
- Stråth, Bo (2006) Ideology and history, *Journal of Political Ideologies*, 11:1, 23-42
- Vallespín Oña, Fernando (1995). "Aspectos metodológicos en la Historia de la Teoría Política". In *Historia de la teoría política*, vol 1 (pp. 19-52). Alianza Editorial.
- Voegelin, Eric (2006). *La nueva ciencia de la política: una introducción*. Katz Editores.
- Weinstein Michael A. (1993) "Concentric Imagination: An Alternative to Philosophical Reason," *Humanitas*, VI, no. 2, 95.
- Weinstein Michael A. (1993) "Irving Babbitt and Postmodernity: Amplitude and Intensity," *Humanitas*, VI, no. 1, 43.
- Wilson, Francis G. (2011). *The case for conservatism*. New Brunswick: Transaction Publishers.
- Will, George F. (1994). *The Leveling Wind: Politics, the Culture, and Other News*. Viking.

